



- «Revista crítica.» *Revista contemporánea* 15 (15 noviembre 1877): 114-122.
- «Revista crítica.» *Revista contemporánea* 10 (15 julio 1877): 117-122.
- «Revista crítica.» *Revista contemporánea* 2 (15 marzo 1876): 383-388.
- «Revista crítica.» *Revista contemporánea* 1 (30 enero 1876): 523-530.
- «El Neokantismo en España. Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania, por don José del Perojo.» *Revista de España* 47 (1875): 145-157.

Sotelo Vázquez, Adolfo. «José del Perojo y la *Revista Contemporánea*.» *Cuadernos Hispanoamericanos* (enero 1994): 19-35.

ANTIESCLAVISMO E INDEPENDENTISMO EN CECILIA VALDÉS

Carlos M. Andrés Gil
Iowa State University



Eugene D. Genovese, en su libro *The world the slaveholders made*, sostiene la doble tesis de que, a diferencia de lo que ocurría en el Sur de Estados Unidos, el sostenimiento de la esclavitud en Cuba se fundaba en razones puramente económicas y que la lucha contra la institución de la esclavitud y contra los vínculos que unían a Cuba con la metrópoli deben verse como dos caras del mismo proceso de maduración de la burguesía cubana¹.

Las tesis de Genovese nos servirán para comprender de forma global algunas de las ideas aparentemente heterogéneas contenidas en *Cecilia Valdés*, que quedarían de otra forma inexplicadas, y lo que es más importante, nos dan pie para llevar a cabo una relación esclarecedora entre las prácticas esclavistas y los mecanismos punitivos que Foucault analiza en *Surveiller et punir* en conexión con el aparato de producción². Por otra parte, nos ayudarán a poner de manifiesto la coincidencia de algunas de las

¹ Encontramos resumida esta tesis en un párrafo que no tiene desperdicio: «*The rise of the sugar ingenio in nineteenth-century Cuba represented the rise of a new class of capitalist slaveholders for whom slavery was an economic expedient. Cuban slavery experienced a process of bourgeois penetration kin to that of the Anglo-French Caribbean. Foreign capital made its appearance, and the already well-developed creole bourgeoisie intruded itself. As a result, we may postulate the coexistence of two radically different slave regimes. In this setting, the movement of many of the creole sugar planters toward free labor, internal reform, and independence from Spain may be explained as a single process of the maturation of a Cuban bourgeoisie, albeit one well on its way to a comprador status of junior partnership with American capitalism*» (71, los subrayados son míos).

² Afirma Foucault a este respecto: «ce sur quoi s'appliquent ces dispositifs ce ne sont pas les transgressions par rapport à une loi 'centrale', mais autour de l'appareil de production —le 'commerce' et l' 'industrie'—, toute une multiplicité d'illegalismes, avec leur diversité de nature et d'origine, leur rôle spécifique dans le profit, et le sort différent que leur font les mécanismes punitifs (314)».



más penetrantes descripciones de la esclavitud como tortura por parte de Villaverde con los análisis de Fernando Savater en *Teoría y presencia de la tortura en España*.

El artículo consta de dos partes. En la primera, trataremos de mostrar el antiesclavismo radical de Villaverde, ya que es ésta la única novela antiesclavista cubana del siglo XIX que no se limita a mostrarnos casos más o menos extensos de «injusticias» o malos tratos apelando a la sensibilidad compasiva del lector, sino que, por una parte, lleva a cabo una destrucción sistemática de los discursos esclavistas y, por otra, nos muestra en toda su crudeza cómo la situación del esclavo va más allá de la de una persona a la que se administran una serie de atropellos más o menos graves, y entra de lleno en lo que desde las prácticas de la Inquisición con los sospechosos de herejía hasta las de las dictaduras militares contemporáneas con los individuos pretendidamente «subversivos» se conocen con el nombre de tortura. Se dedica la segunda parte al análisis de la defensa del independentismo en *Cecilia Valdés*. Finalmente, a modo de conclusión, veremos cómo ambos temas, antiesclavismo e independentismo se encuentran imbricados en la novela, razón por la cual esta obra se configura como genuina representante de la burguesía cubana en proceso de maduración de que habla Genovese.

1. LA DESTRUCCIÓN DE LOS DISCURSOS³ ESCLAVISTAS EN *CECILIA VALDÉS*

Comenzaremos con un análisis de los diferentes discursos racionalizadores y justificadores de la institución de la esclavitud tal y como se nos presentan en la novela de Cirilo Villaverde, para pasar a continuación a mostrar cómo se lleva a cabo la destrucción de los mismos. Al mostrar que esta destrucción de los discursos esclavistas es sistemática y consciente, contestamos sin ambages afirmativamente a la pregunta acerca de si *Cecilia Valdés* es una novela antiesclavista⁴.

³ Preferimos hablar de «discursos» en plural, más que de «discurso» porque a nuestro juicio carecen de un mínimo de coherencia entre sí, circunstancia ésta que por otra parte no dejará de ser aprovechada por Villaverde para llevar a cabo su labor demoledora.

⁴ Algunos críticos han encontrado fisuras en el antiesclavismo de *Cecilia Valdés* que no nos parecen fundamentadas. No por carecer de una finalidad exclusivamente altruista pierde el antiesclavismo de Villaverde un ápice de su fuerza, al contrario de lo que parece sugerir en un ensayo reciente Sharon Romeo Fível-Démoret. Tampoco el interesante artículo de Juan G. Gelpí «El discurso jerárquico en *Cecilia Valdés*», donde se analiza el

La inclusión de los abundantes comentarios y digresiones del narrador acerca de la inmoralidad de la esclavitud, así como de los discursos puestos en boca de algunos personajes⁵, serían suficientes para calificar a esta novela de antiesclavista. Sin embargo, creemos que resulta más definitiva la labor de destrucción discursiva que Villaverde lleva a cabo⁶, según mostraremos, de forma sistemática.

Nada se percibe en esta novela similar a la «filosofía sureña» coherente que según nos cuenta Genovese, el teórico esclavista Fitzhugh pretendía construir en el Sur de los Estados Unidos⁷. Hemos detectado con claridad tres «discursos» justificadores en la novela, y que en nada se parecen a esa «distinct Southern philosophy» con que soñaba Fitzhugh, sino que más bien suenan irremediamente a «excuses, apologies and palliations».

El discurso teórico acerca de la inferioridad natural de los negros

Encontramos las principales «tesis» de este discurso repetidas en innumerables ocasiones en boca de varios de los personajes

racismo y la «segregación» de los personajes negros y mulatos llevada a cabo por el narrador de la novela ofrece argumentos de peso contra la postura antiesclavista de Villaverde. Una sensibilidad de la que nos separa más de un siglo (no existía entonces el concepto de lo políticamente correcto) y la voluntad del autor por transmitir las costumbres en general de la Cuba de la época, incluido el vocabulario puede dar cuenta de la inclusión de algunos comentarios considerados racistas en la novela.

⁵ Baste un ejemplo como muestra de lo que podría ser un abrumador conjunto. Se trata de los pensamientos de Isabel Llincheta a su llegada a la Vuelta Abajo: «¿qué pasaba por allá abajo? ¿Será aquella la morada siquiera de la paz? ¿Habrá dicha para el blanco, reposo y contentamiento alguna vez en su vida para el negro, en un país insalubre y donde el trabajo recio e incesante se imponía como un castigo y no como un deber del hombre en sociedad? ¿A qué aspiraba ni qué podía esperar tanto ser afanoso cuando pasado el día y venida la noche se entregaba al sueño que Dios, en su santa merced, concede a la más miserable de sus criaturas? ¿Ganaba alguno entre tanto trabajador, el pan libre y honradamente para sostener a su familia virtuosa y cristiana? Aquellas fincas colosales que representaban la mayor riqueza del país, ¿eran los signos del contento y de los puros placeres de sus dueños? ¿Habrá dicha, tranquilidad de espíritu para quienes a sabiendas cristalizan el jugo de la caña-miel con la sangre de millares de esclavos?» (255).

⁶ Nos referimos a la versión definitiva de 1882, pues coincidimos con Guicharnaud-Tollis en que la posición antiesclavista de la de 1839 no es tan clara: «Comparée au roman, la nouvelle de 1839 reste donc fondamentalement morale et, par différence avec la version postérieure de 1882, elle ne transmet aucun message antiesclavagiste clair. Certes, l'institution est critiquée, mais de manière diffuse et indirecte» (517).

⁷ Dice Genovese: «Fitzhugh did not shrink from calling for a distinct Southern philosophy, properly understood. In a long article entitled 'Southern Thought', he defined his subject as 'a Southern philosophy, not excuses, apologies, and palliations.' Such a philosophy was to be built up from the Bible, Aristotle, and 'our own successful experiment.' Little or nothing else would be needed» (156).





de la novela (Don Cándido, Doña Rosa y Leonardito principalmente) y podría resumirse de la siguiente manera: los negros son salvajes, perezosos, criaturas irracionales sin religión y sin sensibilidad, y se los lleva a Cuba para instruirlos, evangelizarlos, y, en definitiva, por su bien.

Doña Rosa tiene que salir más de una vez en defensa de su marido ante los ataques de Leonardito, que acusa a su padre de ser «plagiario», brindándonos algunos de los más claros ejemplos de esta 'teoría': «Y, si bien se mira, lejos de hacer Gamboa nada malo o feo, hace un beneficio, una cosa digna de celebrarse, porque, si recibe y vende, como consignatario, se entiende, hombres salvajes, es para bautizarlos y darles una religión que ciertamente no tienen en su tierra» (95). Más adelante, abunda en esa misma idea de que el móvil primordial de los negreros es traer esclavos al Nuevo Mundo para cristianizarlos: «Pues halla más humanitario traer salvajes para convertirlos en cristianos y hombres, que vinos y esas cosas que sólo sirven para satisfacer la gula y los vicios» (150). Perfecta muestra de que, por decirlo con Arlette Gautier, «[les Européens] Sûrs de leur propre civilisation et pleins de préjugés, ils firent le portrait de l'Africain en esclave» (38). Así, los negros ni siquiera tienen la misma sensibilidad de los blancos. Ante una muestra mínima de compasión por parte de doña Rosa (exclama «¡Pobrecitos!») al enterarse de que su marido ha asfixiado a un grupo de africanos para que no fueran descubiertos por los ingleses, que velaban por que se cumpliera el tratado de prohibición de la trata firmado con España) don Cándido le enmienda la plana a su esposa: «Nada de eso, mujer. Sobre que voy creyendo que tú te has figurado que los sacos de carbón sienten y padecen como nosotros...» (152).

La justificación de que se trae a los esclavos para darles religión, absurda en sí misma, salta en pedazos cuando en otros momentos se los equipara con animales y con sacos de carbón. Villaverde lo pone de manifiesto al hacer coincidir el trato más inhumano y las escenas de mayor crueldad con la celebración cristiana por antonomasia: la Navidad.

También el discurso se resquebraja en boca de doña Rosa (respondiendo a su hijo), donde se hacen coincidir los objetivos «humanitarios» de la trata con la explicitación de los intereses económicos que son su verdadero motor, a la vez que se culpa a los «egoístas» ingleses:

¿Echarías tú tanto lujo, ni gozarías de tantas comodidades si tu padre dejase de trabajar? Las tablas y las tejas no hacían rico a nadie. ¿Qué negocio deja más ganancias que el

de la trata? Di tú que si los egoístas ingleses no dieran en perseguirla como la persiguen en el día, por pura maldad, se entiende, pues ellos tienen muy pocos esclavos y cada vez tendrán menos, no había negocio mejor ni más bonito en qué emprender (140).



En contra de la idea de pereza innata de los negros, María de Regla está dispuesta a trabajar lo que sea necesario para conseguir la libertad para ella y para su familia, mientras que es uno de los amos, Leonardito, el que se nos presenta como un dechado de holgazanería. Respecto de la supuesta «estupidez» e «irracionalidad» de los negros, Villaverde resalta en varios de ellos una inteligencia superior a la de sus amos. Especialmente en el caso de María de Regla, a pesar de que no ha recibido ninguna educación formal. Sin embargo, he aquí la reacción de don Cándido cuando uno de sus invitados se sorprende de que la esclava se sepa explicar tan bien⁸: «No sabe V. todas las letras menudas que tiene, —repuso don Cándido a media voz—. He aquí la causa de su perdición. Si fuese menos bachillera estaría más contenta con su suerte (299)». En esta contestación se pone de manifiesto la hipocresía de don Cándido: ni siquiera él cree su teoría de que los negros son estúpidos y necesitan de la dirección del amo blanco. La inteligencia de los negros no es algo que esté ausente de su naturaleza, como había declarado anteriormente, sino que es lo que no conviene: ni al amo, por obvias razones, ni al esclavo mismo, ya que le impide estar contento con su suerte. Pero lo que nos parece definitivo para la deslegitimación del discurso es la acotación del narrador «a media voz», que indica que el propio don Cándido es consciente de la contradicción con su teoría oficial.

El discurso del derecho

El segundo de los discursos justificadores de la esclavitud está basado en el derecho, materia que es justamente objeto de «estudio» por parte de Leonardito, que en un momento dado afirma: «Sólo sé que según el derecho patrio, hay personas y hay cosas; que muchas de éstas, aunque hablan y piensan, no tienen

⁸ Doris Sommer señala en este punto la importancia del saber y especialmente del saber hablar en una sociedad esclavista: «The problem, in a slave society that legitimates itself through color coded grades of intelligence, is precisely how well they speak and how much they know» (226).



los mismos derechos que aquéllas...» (59). El lenguaje leguleyo presta cierta apariencia de objetividad⁹ a la vacía afirmación de que según el derecho hay personas que no los tienen. Unas páginas más adelante descubrimos el origen de las ideas de Leonardo, ya que se nos presentan en boca de Govantes, el profesor de derecho, que hace un discurso teórico que postula la institución de la esclavitud como algo natural:

Definió primero lo que se entendía por persona, según el derecho romano; luego por estado, que dijo se dividía en natural y civil, y que éste último podía ser de tres maneras, a saber: de libertad, de naturaleza y de familia. Y entró de lleno en lo que podría denominarse historia de la esclavitud, pintándola no ciertamente en sus relaciones con la sociedad antigua o moderna, sino con el derecho romano, el de los godos y el patrio; porque si bien reinaba bastante libertad de enseñanza entonces en Cuba, las ideas abolicionistas no habían empezado a propagarse en ella (69).

La tercera persona utilizada por el narrador para relatar el discurso le permite subrayar su distancia respecto de la anticuada filosofía escolástica (a base de definiciones, divisiones y subdivisiones) empleada por Govantes, su falta de perspectiva histórica, y, sobre todo, la ausencia de cualquier consideración de las modernas ideas abolicionistas que *todavía* no habían empezado a propagarse en Cuba. Pero la destrucción del discurso legitimador (nunca mejor dicho) basado en el derecho, queda especialmente patente durante la entrevista de don Cándido con el Alcalde Mayor, cuyas palabras finales: «Entiéndalo V., D. Cándido, no hago esto por consideraciones a V., con cuya amistad me honro, hágolo por respeto a las frases finales de su anterior peroración, «por la paz y la felicidad de la familia», cosas para mí sagradas» (378), subrayan la peculiar idea de justicia de estos dos personajes. Ya anteriormente D. Cándido había explicado su forma de entender la justicia. Ante el incumplimiento de su pro-

⁹ Este cientifismo tiene su correlato en el discurso de Don Cándido que se pretende conocedor de sus esclavos, como un ganadero veterinario se mostraría conocedor de las diferentes razas de vacas, de las ventajas y de los inconvenientes de cada una: «Goyo, o Caimán, el guardiero de la talanquera en el camino de la Playa, se sabe que ha pasado su juventud entre esas serranías que se ven desde aquí... Mas todos esos son congo real, congo loango o congo musundi, raza humilde, sumisa, leal, la más propia para la esclavitud, que parece su condición natural. Sólo tiene un defecto, eso sí, grave, capital: es la raza más holgazana que sale del África. Si pudieran los Congos vivir sin comer, no habría fuerzas humanas que les obligaran a doblar el lomo y trabajar... (269)».

mesa: («se les hará justicia», había repetido, refiriéndose a unos esclavos) afirma: «Quien sintió alguna vez escrúpulos de conciencia respecto de lo que dijo o no dijo, hizo o no hizo a los negros, ese santo varón, o esa santa mujer no ha debido tener esclavos jamás. ¡Escrúpulos de conciencia por semejantes bestias! ¡Ja! ¡Ja! (282)»¹⁰.

Incluso el mismísimo capitán general don Francisco Vives se salta las leyes a la torera, como atinadamente observa Diego Vicente Tejera:

El sabrá escuchar las peticiones sin dejar de seguir la prueba, encomendada a un soldadito español, asesino por más señas, a quien Vives sacó del presidio en que purgaba su crimen, en consideración a que el reo era muy entendido en gallos, y ¿Cómo había de estar encerrado hombre tan útil? Teníalo, pues a su servicio, sin cuidarse de la ley: ¿Hay leyes para los mandarines de Cuba...? (57, *Acerca de C. V.*)

Pero la culminación de la destrucción que lleva a cabo Villaverde tiene lugar al hacer llegar a la conciencia de los amos y de manera intersubjetiva (es decir, sabiendo que los otros lo saben), la tesis que el propio autor quiere transmitir: que es una infamia arrancar seres humanos de África para explotarlos como esclavos. Esto tiene lugar en el momento en que con ánimo vengativo doña Rosa le transmite a don Cándido la opinión de Leonardito a propósito de la concesión del título nobiliario en que don Cándido estaba empeñado: «Le di la noticia. ¿Y sabes lo que me contestó? Que la nobleza comprada con la sangre de los negros que tú y los demás españoles robaban en África para condenarlos a eterna esclavitud, no era nobleza, sino infamia, y que miraba el título como el mayor baldón...» (392). En este punto, no sólo se lleva a cabo la destrucción de la validez objetiva del discurso, sino también la «subjetiva», para los propios personajes. A partir de este momento, resulta verdaderamente inimaginable que ninguno de los tres personajes vuelva a repetir ninguno de los discursos justificadores de la esclavitud antes mencionados¹¹.

¹⁰ También Pedro Deschamps Chapeaux ha señalado en *Acerca de Cirilo Villaverde* haber visto en Dolores Santa Cruz una denuncia del bajo concepto de la justicia legal por parte de los blancos: «La figura de Dolores Santa Cruz en la obra de Villaverde es la denuncia del despojo de que eran víctimas los negros y mulatos cuando establecían pleitos demandando el pago de deudas o la entrega de bienes legados» (231).

¹¹ También las racionalizaciones de tipo práctico, que pretenden que se castigue a los esclavos para que trabajen quedan anuladas por los comentarios del narrador, que además de presentarlas como tortura según veremos, nos hacen ver la arbitrariedad de los



El ejército y la tortura



En tercer lugar, se compara en varios momentos en la novela la institución de la esclavitud con la del ejército. La comparación con el ejército la encontramos explícitamente expresada en boca de don Cándido:

Sería mala política despedir a don Liborio a raíz de haber castigado con mano fuerte las desvergüenzas de los esclavos. ¿Adónde iría a parar el prestigio de la autoridad? *El mayoral representa aquí el mismo papel que el coronel delante de su regimiento, o que el capitán general delante de los vasallos de S. M. en esta colonia...* Nada, Rosa, el prestigio de la autoridad lo primero (289, los subrayados son míos).

Para comprender en toda su amplitud hasta qué punto son equiparables las instituciones de la esclavitud y el ejército, resulta muy iluminador acudir al análisis que hace Elías Canetti en su libro *Crowds and Power* de la disciplina en el ejército, mediante la fructífera idea de que toda orden cumplida deja detrás un 'aguijón'. Veamos cómo funciona este «aguijón» según el autor:

It is obvious that, in a soldier, these stings must accumulate to a monstrous degree. Everything he does is done in response to a command; he does, and must do, nothing else. This is what the open discipline of the army demands of him. All his spontaneous impulses are suppressed. He swallows order after order and, whatever he feels about it, must go on doing so. Each command he carries out—and they are innumerable—leaves a sting behind in him (315).

Ahora bien, si la situación resulta crítica para el soldado, éste tiene al menos en el ascenso una posibilidad de escape¹² de la que carece el esclavo, incluso en el supuesto de que su reclutamiento sea obligatorio y no tenga la opción de abandonar libremente el ejército. A través del ascenso, el soldado puede liberarse de

premios o los castigos de los esclavos (recuérdese la implacabilidad de Don Cándido y la «magnanimidad» de doña Rosa ya indicadas en pp. 282-3), tal y como se ofrece «a los ojos del alma de Isabel en toda su desnudez»: «Vio con sus ojos que allí reinaba un estado permanente de guerra...» (292).

¹² Dice Canetti: «These stings accumulate rapidly. If he is a common soldier, on the lower step of the military hierarchy, all opportunity to get rid of them is denied him, for he himself can give no orders. He can only do what he is told to do. He obeys and, in doing so, grows more and more rigid... A change in this enforced condition can only come about through promotion (315).

sus «aguijones» al dar órdenes a sus inferiores; pero al esclavo, sólo en muy contadas ocasiones se le concede algo parecido a un ascenso. Los ejemplos de contramayorales negros, o el del implacable Tondá dedicado a la caza de cimarrones, que igualan si no superan en brutalidad a los blancos, nos muestran que la teoría de Canetti tiene aquí aplicación¹³.

El esclavo que planea escapar prefiere acumular los aguijones para usarlos como energía en el futuro. Así, la acumulación continua de estos aguijones actúa a modo de tortura en el esclavo, independientemente de los castigos físicos que se les imponen en forma de bocabajos, cepos, etc. Esta teoría, por otra parte, nos explica la actitud de los esclavos hacia los animales; así, inmediatamente después de ser maltratado el calesero por Leonardo, arremete contra el caballo: «Ah! —exclamó el calesero, y le pegó tan fuerte latigazo a la pobre bestia en los ijares, que se estremeció toda dentro del armazón de huesos doblándose casi en dos» (77). Igualmente se narra en otro punto: «...antes se llevaba a la boca por un extremo el trozo de caña y le chupaba afanoso sin dejar de animar a los bueyes con voces descompasadas y repetidos pinchazos hasta sacarles sangre; *puede ser en desquite por la que el boyero hacía saltar de sus espaldas con la pita, o llámese punta, del terrible látigo.*» (258). Y en una ocasión más, se nos narra una pelea entre esclavos seguida de una explicación que no difiere mucho de la ofrecida por Canetti:

...con atroces maldiciones y denuestos se embistieron mutuamente, ciegos de furor salvaje. No era que se conocían, estaban reñidos o tenían anteriores agravios que vengar; sino que siendo los dos esclavos, oprimidos y maltratados siempre por sus amos, sin tiempo ni medio de satisfacer sus pasiones, se odiaban de muerte por instinto y meramente desfogaban la ira de que estaban poseídos, en la primera ocasión que se les presentaba (103).

¹³ Pero en la inmensa mayoría de las ocasiones, el único escape que le queda a los aguijones del esclavo es la música, para la cual les queda una energía 'inexplicable', como sucede en la novela de Leantes *Los guerrilleros negros*: «Su único tiempo de asueto, como el de toda la dotación de esclavos, era la tarde del domingo. A partir del mediodía y hasta la hora de recogerse había tambor. Los negros se reunían en el batey y estaban tocando sus tambores y bailando hasta la caída del crepúsculo. De dónde extraían energías para danzar toda una tarde después de haberse pasado la semana entera trabajando dieciséis y dieciocho horas diarias, era algo inexplicable [...] Tal vez la razón se encontraba en que a pesar del gasto de fuerzas que significaba el baile, éste liberaba la tensión acumulada en sus nervios, era para ellos una manera de sentirse seres humanos y no máquinas de trabajo» (9).



La tortura de la esclavitud



Ha llegado el momento de presentar el siguiente paso que da Villaverde en la deconstrucción de las ideas de la esclavitud, presentándola como una forma de tortura. Para ello echaremos mano de la definición de Fernando Savater, uno de los teóricos que mejor ha pensado en nuestros días sobre el tema, en el libro anteriormente mencionado:

Torturar no es destruir, salvo en el grado necesario para construir de nuevo y de otra forma. Tiene más de remodelación que de puro y simple quebrantamiento [...] el castigo corporal, las penas físicas, *no* son formas de tortura; lo que tienen de trueque o intercambio, es decir, lo que tienen de proporcionalidad públicamente establecida y reconocida, las diferencia del tormento propiamente dicho. La tortura no admite proporción ni intercambio auténtico, su demanda es en último término tan infinita como la subjetividad misma [...] La verdadera tortura nace con el interés por la intimidad del otro, es decir, nace con la *pregunta*... Cuestionar al otro es, por un lado interrogarle, y por otro, dudar de su validez como tal otro, negarle su derecho a seguir siendo por dentro como es, e imponerle la conformidad a un modelo. Se exige del otro una respuesta en forma de confesión: que diga lo que su intimidad es, para que se le pueda identificar con ella y castigarle por ella; o que se retracte de lo que es y se arrepienta por serlo, que admita que se ha convertido ya en otro.» [...] «Lo más terrible de la tortura, lo que la hace objetivamente inacabable, es que la verdad sea establecida por el verdugo. El inquisidor es el dueño de la verdad y el amo también del dolor; tiene el poder y la ideología que condiciona la pregunta y la respuesta. La tortura se deslinda de los castigos corporales o de la simple y brutal aplicación de malos tratos por su vinculación a lo *ideológico* (18-20).

Y es ésta precisamente, en unos términos muy parecidos, la presentación que nos hace el narrador de *Cecilia Valdés* de la realidad de la esclavitud en los ingenios:

En su opinión, como en la de la mayoría de los amos, no era el negro la cosa de que habla el derecho romano. Había bastante diferencia. Para ellos, que entendían por derecho aquello que no torcía el cumplimiento de sus pasiones y caprichos, el hombre-cosa de la antigua Roma tal vez no pensaba, era una máquina de trabajo; al paso que el hombre-cosa actual, estaban plenamente convencidos, pensaba al

menos en tres cosas: en el modo de sustraerse al trabajo, en quemarle la sangre a su detentor, y en obrar siempre en oposición a sus miras, deseos e intereses. [...] *Para el amo en general, el negro es un compuesto monstruoso de estupidez, de cinismo, de hipocresía, de bajeza y de maldad; y el solo medio de hacerle llenar sin murmuración, reparo ni retraso la tarea que tiene a bien imponerle, es el de la fuerza, la violencia, el látigo. El negro quiere por mal, es dicho común entre los amos. Por eso, en concepto de éstos, aquel Mayoral que no disimula ni perdona falta, que como el rayo hiere al que delinque, que en todas ocasiones tiene entereza bastante y valor par 'meter en cintura' a gente tan perversa e ingobernable, ese es más meritorio, más digno de consideración y respeto. Siempre se ha admirado más al inquisidor que más herejes mandaba al quemadero* (278).



Resulta, cuando menos, sorprendente el paralelismo con el texto de Savater, pero la comparación del mayoral con el inquisidor es especialmente interesante, ya que el mismo Savater observa que:

la persecución religiosa —es decir, la pregunta absoluta— es la matriz de la práctica torturadora: todos los inquisidores son teólogos que por medio del dolor tratan de penetrar en el alma de los otros, para descubrir sus creencias o para imponer las suyas. El inquisidor sabe a ciencia cierta cuál es la verdad: a él no le cabe duda ni ignorancia alguna, con él no cabe discusión (20).

2. EL INDEPENDENTISMO DE CECILIA VALDÉS

Seguidamente trataremos de mostrar la conexión, a nuestro juicio muy íntima, que en la novela que nos ocupa se da, entre la postura decididamente contraria a la esclavitud en *Cecilia Valdés* y la del nacionalismo cubano y la postura claramente independentista que se percibe en la novela. Veremos cómo la idea de la independencia de Cuba respecto de España, que se presenta en todo momento como deseable y liberadora, se encuentra estrechamente ligada a la de la liberación de los esclavos.

Antes de pasar a examinar cómo se presenta el tema del independentismo en la novela de Villaverde, conviene quizá repasar el papel que representaba el azúcar en la Cuba del siglo XIX. Halperin Donghi, en su *Historia contemporánea de América Latina*, nos informa de que



La expansión azucarera seguía su curso: si en 1820 se exportaban 50.000 toneladas, y en 1850, 200.000, en 1870 la producción llegaba a más de 700.000 toneladas, casi en su totalidad destinadas a esa exportación. Esos avances mantenían al azúcar como producto dominante en el cuadro de las exportaciones cubanas, de las que cubría el 80% en 1820 y el 75% en 1865, y conservaban su ritmo sostenido pese a un descenso paulatino de los precios internacionales (277).

De la mano del anteriormente citado Eugene Genovese vamos a seguir el dilema que planteó este apogeo de las plantaciones azucareras en Cuba: «Whereas until the mid-1830s coffee, grown on small and medium-sized slaveholdings under resident planters, predominated, afterwards sugar, grown on large plantations under planters of a decidedly bourgeois type, came into its own» (69). Y el predominio de las plantaciones azucareras dio lugar a un nuevo régimen, bajo el cual la institución de la esclavitud se vio sometida simultáneamente a dos fuerzas contradictorias entre sí: «Cuban slavery became simultaneously the mildest and harshest of slave systems; it yielded to and yet effectively opposed the old institutional restraints» (69). Este carácter contradictorio nos ayuda a entender cómo el largo y tortuoso camino hacia la abolición de la esclavitud en Cuba estaba ligado a una política de independencia nacional que, como el mismo Genovese expone, pasó por tres fases diferentes:

The anti-Spanish reform movement went through three phases. The first, led by Arrango y Parreño, defended slavery and the slave trade; the second, led by Saco, defended slavery but opposed the slave trade; and the third, emerging in the 1860s under the leadership of some of the island's wealthiest planters, opposed both (69).

Del análisis de *Cecilia Valdés* se desprende que entre este grupo de personas que se oponían tanto a la trata como a la institución misma, se encuentra Villaverde¹⁴. Genovese explica que las principales razones de estos hombres para oponerse a la esclavitud se basan en la conciencia de que ésta (así como la dependencia de España) impedía una auténtica modernización de la economía y del país en general:

These men understood the importance of general economic renovation and the extent to which slavery inhibited it.

¹⁴ Así como numerosos seguidores de Domingo del Monte.

The effective end of the slave trade in the 1860s raised the cost of labor and added to the pressures for increase capital intensity. The collapse of the United States of America ended the last hopes of the diehard slaveholders. Increasingly, independence from Spain, economic rehabilitation, the promotion of needed European immigration to staff a technologically advanced industry, and every measure required by the great entrepreneurs pointed to abolition (70).

Así, no es de extrañar que encontremos en *Cecilia Valdés* a los españoles pintados como dominadores corruptos y valedores del inmoral sistema de la esclavitud, que corrompe tanto a los amos-verdugos como a los esclavos víctimas (véase el final del capítulo V de la segunda parte, p. 144). Como señala Tulio Halperin Donghi: «el problema principal de la economía azucarera era el de la mano de obra: la utilización de los negros esclavos era dificultada por la resistencia británica a la trata: el gobierno español, por su parte, sostenía discretamente una continuación del comercio de negros, nominalmente ilegal» (277).

Por otra parte, es la metrópoli la que fomenta un sistema esencialmente corrupto y sin orden en el que se pueden encubrir las mayores infamias si se posee un título nobiliario concedido directamente por el rey de España¹⁵.

Veamos una de las descripciones que nos hace el narrador de *Cecilia Valdés* de la situación de la colonia en los tiempos de Vives, que es la causa de que los cubanos, incluyendo Villaverde, deseen la independencia:

Por otra parte, el desorden de la administración de la colonia, la penuria del erario, la venalidad y la corrupción de los jueces y de los empleados, la desmoralización de las costumbres y el atraso general, se combinaban para amenazar de muerte aquella sociedad que ya venía trabajada por toda suerte de males de muchos años de gobierno. Durante los seis años que duró el mando de Vives, ni la vida, ni la propiedad estaban seguros, así en las poblaciones como en los campos... [...]

y es perfectamente claro que, sin la oficiosa intervención de los Estados Unidos en 1826, se habría llevado a efecto la invasión de las dos Antillas españolas... de acuerdo con los planes de Bolívar y los deseos de los cubanos» (165).

¹⁵ Recordemos en *Cecilia Valdés* el caso del Alcalde, el antes mencionado del capitán general y los desvelos de don Cándido por conseguir el condado de la Casa Gamboa.





Precisamente, la misma usurpación que los hombres de color ven en los blancos, ven los criollos en los españoles. La misma indignación que vemos en Pimienta por la relación de blancos y mulatas: «¿no tienen los blancos bastante con las suyas? ¿Por qué han de venir a quitarnos las nuestras? ¿Quién les ha dado semejante derecho? Nadie. Desengáñese señor Uribe, si los blancos se contentaran con las blancas, las pardas no mirarían para los blancos.» (113), la encontramos en boca de Leonardo cuando ve que un soldado español está cortejando a su hermana Antonia.

Hay, para finalizar, en la novela dos imágenes paralelas y emblemáticas que expresan hasta qué punto veía Villaverde la presencia de los españoles como un poder extraño y paralizante para la sociedad cubana. La primera es cuando don Cándido (figura paterna, español, autoritario, traficante de esclavos) abandona la mesa, se rompe el silencio que reinaba en su presencia y comienza la vida:

La desaparición del padre determinó por sí sola un cambio repentino y completo en el ánimo y la conducta de la familia, sin excluir la madre. El corazón de los hijos quedó aliviado, por lo visto, del peso que lo había oprimido, siendo así que a todos ellos, como por concierto, se les alegró el semblante y se les desató la lengua. Leonardo especialmente llevó el entusiasmo al punto de atraer a sí a su madre con el brazo izquierdo para darle uno y otro beso en la mejilla y decirle... (86).

Y la segunda, la descripción en términos muy similares del abandono por parte de los soldados españoles del paseo:

Por fortuna, la monotonía y funérea gravedad de tan inocente recreo, a que las autoridades españolas daban el nombre arbitrario de orden, duraban lo que la presencia de los dragones del piquete en la avenida central del Prado, es decir, de las cinco a las seis de la tarde [...] Pero después de saludar el pabellón español en las fortalezas del contorno, ceremonia previa para arriarlo, lo mismo que las señales del Morro, desfilaba el piquete por la orilla de la zanja, en dirección de la calle y cuartel de su nombre, y al punto empezaban las carreras, el verdadero ejercicio, la belleza y novedad de la diversión... (114).

llegando a afirmar abiertamente más adelante el carácter de plaza sitiada de La Habana en presencia de los soldados españoles: «todo según se acostumbra en las plazas sitiadas» (115).

Estas dos imágenes no nos dejan lugar a dudas de que para Villaverde, como para muchos otros independentistas cubanos, por decirlo con José A. Portuondo en *Acerca de Cirilo Villaverde*, «el dolor del esclavo comenzó a simbolizar los sufrimientos de toda la población oprimida de Cuba», y de ahí que antiesclavismo e independentismo se den tan estrechamente unidos en esta novela.

Estas imágenes nos ayudan por otra parte a entender la que José Martí nos dejó plasmada del anciano escritor en su exilio de Nueva York recibiendo a sus derrotados compatriotas:

se vió a Cirilo Villaverde tan meritorio y fogoso y digno de verdadera admiración, como una noche de New York, de mortal frío, en que, recién vencida, en un ensayo descompuesto, la idea de la independencia de su patria, con sus manos de setenta años recibía afanoso, en la puerta de un triste salón, a los hombres, enteros, capaces de lealtad en la desdicha, que a su voz iban a buscar manera de reanudar la lucha inmortal que en los yerros inevitables y útiles aprende lo que ha de contar o de descontar, para poner al fin, sobre la colonia que ciega a los hombres y los pudre, la república que los desata y los levanta (*Acerca de Cirilo Villaverde*, 99).



BIBLIOGRAFÍA

- Benítez-Rojo, Antonio. «Cirilo Villaverde, the Seeker of Origins» en *Coded Encounters: Writing, Gender, and Ethnicity in Colonial Latin America*. Amherst: U of Massachusetts Press, 1994.
- Canetti, Elias. *Crowds and Power*. New York: The Viking Press, 1972.
- Foucault, Michel. *Surveiller et punir*. Paris: Gallimard, 1976.
- *Diálogo sobre el poder*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- Gautier, Arlette. *Les Soeurs de Solitude*. París: Editions Caribéens, 1985.
- Genovese, Eugene D. *The World the Slaveholders Made*. New York: Pantheon Books, 1969.
- Guicharnaud-Tollis, Michèle. «Cecilia Valdés de C. Villaverde en v.o.» en *Hommage a Robert Jammes*, I-III. Toulouse: PU de Mirail, 1994: 507-517.
- Halperín Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial, 1970.
- *Hispanoamérica después de la independencia*. Paidós; Buenos Aires, 1972.
- *Historia de América Latina*, 3. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- Savater, Fernando y Martínez-Fresneda, Gonzalo. *Teoría y presencia de la tortura en España*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1982.
- Sommer, Doris. «Who Can Tell? Filling in Blanks for Villaverde». *American Literary History*, 6:2 (1994): 213-33.
- Varios. *Acerca de Cirilo Villaverde*. La Habana: Letras cubanas, 1982.
- Villaverde, Cirilo. *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*. Caracas: Biblioteca Ayacucho: 1981.

ESPRONCEDA CLÁSICO Y ROMÁNTICO: LA ROSA MUTABILIS DEL SONETO

Ricardo Landeira
Universidad de Colorado

La temprana rebeldía sociopolítica de Espronceda ha sido ya ampliamente documentada por otros y por mí en diversas ocasiones¹. Asimismo a las causas y eficacia de su arrojo se les ha dedicado igual número de páginas, habiéndose acordado en las más de ellas que las circunstancias de un momento de guerra y la edad sexagenaria de un padre militar ausente contribuyeron a una mocedad harto libre para el futuro poeta. Semejante falta de rigor e inconformidad no caracteriza, sin embargo, la educación recibida por el rebelde joven en el colegio particular de San Mateo donde ejercía como principal maestro el conocido Alberto Lista, poeta y pensador a la hechura de la Ilustración. De él, del sacerdote Juan Manuel Calleja, director de la academia, y del tercer miembro del profesorado don José Gómez Hermosilla, recibió a partir de los trece años Espronceda los amplios y clásicos fundamentos que informarían la totalidad de sus primicias literarias y gran parte de su producción poética madura.

Así como las sociedades secretas y las conspiraciones constituyen las etapas iniciales de sus deslices políticos juveniles, sus primeros pasos como poeta fueron bajo un signo muy opuesto. Su quehacer literario comienza precisamente con el mismo sosiego con el cual Espronceda da fin a su actuación política, en el moderado tradicionalismo que supone un escaño en la Cámara de Diputados². De manera inversa, este poeta nacido en el seno

¹ Véanse especialmente Robert Marrast, *José de Espronceda et son temps*, Paris, Klincksieck, 1974. Landeira, Ricardo, *José de Espronceda*, University of Nebraska-Lincoln, SSSAS, 1985.

² Landeira, *op. cit.*, pp. 28-29.